

Elogio de la palabra*

Leopoldo Chiappo

Universidad Peruana Cayetano Heredia

Al Reverendo Padre Felipe Mac Gregor,
con todo afecto y admiración.

Es misión de la universidad preservar los más altos valores de la cultura. Sí, señores, preservar los valores de la cultura significa cuidarlos, es decir, evitar su deterioro, conservar su grandeza, promover su perfeccionamiento. Intitulo, por eso, "Elogio de la palabra", este discurso de orden que el señor Rector profesor doctor don Carlos Vidal Layseca ha tenido a bien confiarme, dándome así, generosamente, honra y reconocimiento, que agradezco profundamente. Y es que la palabra, altísimo valor de la cultura, testimonio exclusivo de humanidad, sello de distinción, exigencia de ética, brillo de la inteligencia, sazón de elevado buen gusto en la experiencia de la vida, norma de civilidad y de educación en las relaciones y en la conducta humanas, digo que la palabra corre peligro. Sí, señores, la palabra corre grave peligro de deterioro y de adulteración, de abuso y de falsificación, de indiferencia, que es lo peor. Y elogiarla es defenderla y defenderla es preservarla,

* Discurso de orden pronunciado en la ceremonia académica celebrada el día jueves 22 de setiembre de 1994 en el Auditorio Hernán Torres con motivo del trigésimo tercer aniversario de la fundación de la Universidad Peruana Cayetano Heredia.

cuidando evitar su deterioro, conservar su grandeza y promover su perfección. Así cumple la universidad, en la palabra, su misión respecto de los altos valores de la cultura.

Por eso creo necesario que *en* nuestra universidad, nacida de la medicina y crecida en ciencia y en diversificación profesional y elevada en humanismo, bajo la inspiración del más universal hombre de cultura que ha tenido el Perú en toda su historia hasta nuestros días, nuestro fundador, el gran Honorio Delgado, digo que creo necesario que *en* nuestra universidad resuene la palabra sobre la palabra. No digo que la universidad diga *su* palabra sobre la palabra, no; es erróneo responsabilizar a la universidad por lo que en ella diga uno de sus miembros. La universidad es hogar de la libertad y dentro de ella pueden y deben haber múltiples opiniones. Por tanto no tiene por qué ser uniformada como institución en materia de pronunciamientos. Soy sólo yo responsable de lo que se afirma o niega en esta exposición. La universidad es el recinto adecuado para este elogio de la palabra.

Parafraseando a Pablo de Tarso, en tanto seres humanos en la palabra nos movemos, vivimos y somos. Y si la palabra anda mal, nos movemos mal, groseramente y en equivocada dirección; y si la palabra es mediocre, vivimos mediocrementemente; y si la palabra es falsa, vivimos falsamente, nuestra vida personal y colectiva resulta una farsa. Y esto es lo que está pasando en el Perú.

Debemos rescatar la grandeza de la palabra. Y entonces nos acercamos a la posibilidad de salvación por la palabra. Solamente quiero poner ante ustedes una reflexión sobre la palabra. Y tenemos todos nosotros cierto derecho privilegiado o, si se quiere, tenemos algún deber de reflexionar sobre la palabra, no ya por nuestra condición humana sino porque somos maestros, profesores. Así, como el carpintero vive con la madera o el herrero con el hierro, el profesor vive con la palabra, más aun, vive de la palabra. Es nuestro menester tratar con la palabra, una suerte de realidad aérea que manejamos diariamente, la enseñanza. Y aun la práctica y los quehaceres manuales de la investigación científica, sin la palabra que los ilumine se quedan en meros hechos crudos sin significación. Es la palabra la luz de las cosas. Pero ya estoy empezando el elogio y todavía no es el momento. Ya llegará. Veamos los peligros.

Cada día viene a menos el valor y la importancia que el hombre moderno concede a la vida contemplativa. El activismo parece ser el tema principal. Entre nosotros se ha instalado un frío pragmatismo como

filosofía de vida. Y con el desprestigio de la vida contemplativa, en general, no sólo en el Perú, estamos presenciando, consecuentemente, una devaluación de la palabra. Es que el viento de la época sopla en dirección económica y política. En la economía cuenta la rentabilidad. El aspecto social no interesa. Y en la política parece haberse instalado un pragmatismo cínico y desvergonzado. Es decir, se practica sin ambages lo que se podría llamar un voluntarismo inescrupuloso. La razón es, por ejemplo, sólo un instrumento de la voluntad, el pensamiento no está sometido a la razón sino a la pasión, la pasión de gozar, la pasión del poder. Entonces el derecho se convierte en fámulo del poder y las leyes, sí las leyes, que no son sino palabras que han sido elevadas a norma de vivir; es decir, las razones, las palabras, son manoseadas por la lujuria del poder, no usadas para logro de justicia, y se desconocen principios jurídicos elementales como la no-retroactividad de las leyes y se legisla no en virtud de la naturaleza de las cosas sino a propósito de determinadas personas. Y a esto se agrega la práctica desembozada de la falsificación de la palabra. Una cosa es el discurso político y otra cosa es la práctica real. Si la realidad traiciona a la palabra entonces la palabra deviene hueca, y con ello se hace grave lesión, precisamente, a la palabra, lo humano del hombre.

El fragmento 8, 34-36 de Parménides, filósofo presocrático del siglo VI antes de Cristo, textualmente dice: “Lo mismo es pensar y pensar lo que es, porque sin lo que está siendo en lo que está expresado no podrás encontrar el pensamiento”. Esto lo dijo seguramente entre amigos, en un paisaje maravilloso entre viñedos de la bella Italia meridional, la magna Grecia, un pensador del siglo VI antes de Cristo. Han pasado dos mil seiscientos años y hoy lo repito ahora aquí entre amigos heredianos, en estas tierras nuestras al pie de los altos Andes y frente al gran Mar del Sur, el Océano Pacífico. Y este pensamiento del eleático no sólo sigue teniendo validez sino que, para mí, es casi una acusación grave contra el irrespeto a la palabra, pues sin la verdad de lo que está siendo, si no hay un referente real, en lo expresado no podrás encontrar el pensamiento. Es decir, la palabra vuélvese huera, insustancial, en lo que los nominalistas medievales llamaban, un “flatus vocis”, un flato de la voz. Es que las leyes y los discursos, ¿qué son? Son, efectivamente, palabras. Y los voluntaristas inescrupulosos usan esas palabras para adornar y aderezar la cruda voluntad de poder, o simplemente las ignoran en la práctica. Y en esto la dignidad de la palabra elevada a nivel de norma jurídica queda menoscabada, vejada. La ley

resulta un *flatus vocis*, una gaseosa flatulencia vocal.

Pero hay también otras formas de degradar a la palabra. Y es el eufemismo. Es lo que el arquitecto Luis Miró Quesada Garland, hombre maravilloso y excepcional y valiente, recientemente fallecido, denomina en su libro modestamente intitulado *Solamente opiniones* -que en realidad son potentes esclarecimientos verbales contra la corrupción imperante y la falta de una ética política-: “un léxico para innominar”. Se trata de la costumbre de no llamar a las cosas por su nombre; por ejemplo, al alza de los precios se le llama “reajuste”; al impuesto de sacrificio se le llama “contribución de solidaridad”; al sembrador ilegal de coca y que es un narco-cocalero se le llama “campesino cocalero”. Dice el arquitecto Miró Quesada: “Usualmente entendemos que el léxico, la palabra, es el medio de nominar las cosas, de identificarlas en su esencia y significado. Pero eso no sucede en el Perú, por lo menos aquí y ahora, donde denominar es un espejismo, un trastrueque, un acto de prestidigitación entre el nombre y la cosa”. A mi juicio, la palabra, en vez de ser luz de las cosas, se convierte en trampantojo, en disfraz; es peor que vacía, pues simula estar llena de otra cosa, es una falsificación. Es el no ser así que adopta la forma de otro ser así, es engaño, fraude, es una deshonrosa estafa pública.

Y la palabra es más mellada aún con la chabacanería. La palabra como miasma y pestilencia que exhala el pantano mental de la anticultura “chicha”. El fino escritor Luis León Herrera ha llamado la atención sobre esta suerte de pintoresca, por decir lo menos, trivialización de la palabra. Así llamo yo al fenómeno de descaecimiento lingüístico: la trivialización de la palabra. Y ha ubicado este fenómeno dentro del genial marco de la visión de Ludwig Wittgenstein: “Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo”. Lo grave es que el horizonte verbal de las personas configura su horizonte mental, y con ello la anchura y la profundidad, la estrechez y la chatura de la realidad que puede abarcar. Veamos estos ejemplos que con encantador sentido del humor nos trae Luis León Herrera, el más auténtico humorista, pues utiliza el estilete del ingenio y la gracia del humor sin ninguna pizca de agresividad. A mi juicio, a juzgar por el humorístico elenco de su recolección lingüística la metáfora deportivo-futbolística parece haberse adueñado de la inspiración y del lenguaje no sólo de connotados políticos o magistrados sino de la vida cotidiana en oficinas, directorios, gestiones financieras, realizaciones institucionales y académicas, investigaciones científicas, proezas profesionales, zancadillas arteras de

los envidiosos, ojerizas y enconos gratuitos, estafas y traiciones, etc. Veamos: “Se me metió por los palos”, “Ah no, yo le cobro penal, a mí no me la hace”, “estamos en la recta final”, “soy su hinchita”, “hay que trabajar en equipo”, “lo hago por amor a la camiseta” (que es, dicho sea de paso, lo que estoy haciendo ahora y en todo momento por amor a la camiseta herediana), “fue un autogol”, “es la fija”, “le lleva varios cuerpos de ventaja”, “este tipo lo fauleó”, “ha sido un golazo”, “fue un gol de media cancha”, “llegó placé”, “es que estaba fuera de training”, “lo dejó nocaut”, “lo salvó la campana” -con lo cual se puede ver que la inspiración metafórica de nuestros compatriotas invade otros terrenos, inspirándose en la carrera de caballos y en el box, siendo menos frecuentes que la vena de la musa futbolística. Como muy bien dice Luis León Herrera, nuestro profesor de lenguaje y literatura: “Estoy completamente seguro [de] que todos mis paisanos y mis contemporáneos me entienden a las mil maravillas. Y si todo lo anteriormente expresado lo matizo con las expresiones familiares de: 'hermano, hermanón, hermanito, mano, manón, compadre, primo, tío, cuñao', y mezclado con 'a ese no le creo ni lo que come, con ese ni a la esquina, ese pata tiene cuerda pa'rato', y además con 'hay que meter el hombro, poner su granito de arena, empujar el carro, tirar pa'delante, darle una manito, la comprensión es completa". El doctor León concluye el artículo confesando que “está haciendo sus pininos” en peruanismos, y ruega que le hagan la “gauchada” de publicarle su “escrito” y esgrime como argumento que se “está poniendo mosca” y termina con una velada amenaza de que por si no se lo publican: “no quiero ponerme tigre”. Y, además, como Luis León Herrera es escritor nato y de pura sangre, confiesa en dicho artículo que lo escribió “vacilándose”; escribir es placer de escritor.

En este austero y serio discurso académico de orden me ha parecido conveniente hacer uso de este acopio lingüístico de gran revelación no sólo para demostrar que la seriedad no está reñida con la diversión y que la alta cultura no repele el entretenimiento. Pero también para reflexionar sobre la grave trivialización del lenguaje, sobre todo en el contexto wittgensteiniano de que el alcance del mundo de uno es el alcance del lenguaje usado. La palabra mide el mundo que vivimos. Y este lenguaje, que tiene la gracia de la inventiva popular, bien venida, se convierte en desgracia cuando vemos que es el único lenguaje frecuente en la clase dirigente del país, comenzando por los altos o supremos funcionarios de los poderes del Estado. Esta clase, que debiera ser

ejemplar en cultura y capacidad educativa del pueblo, denuncia una chatura en la inventiva de metaforizar y de darle vuelo a las ideas, si es que existen, precisamente porque han prescindido, en habitual analfabetismo mental, de la fuente más pura de la lucidez y del brillo cultural: el libro. Digo: no leen; por eso hablo de analfabetismo mental. El analfabetismo literal, del que no le han enseñado a leer, es penosa injusticia; lo que llamo analfabetismo mental, del que nunca lee libros, es ignorancia crasa, vale decir, indisculpable.

Otro de los irrespetos a la palabra es la práctica frecuente en los medios oficiales del habla “cantinflasca”, la que ironizara genialmente Mario Moreno. Es lo que Honorio Delgado describiera como “estupidez relativa” y que es una manera de hablar que revela el contraste entre la pretensión desmesurada del sujeto y su mediocridad de preparación y capacidad en los asuntos en que se ha metido. Es el arribista que funge de experto sin serlo, promovido a altos cargos y responsabilidades, por ejemplo, a Ministro o a Congresista por compadrerías. Se presenta lo que desde los espirituales de la patrística griega se llamaba “polulogía”, locuacidad, hablar más de lo necesario. La cosa no es pues sólo criolla y de actualidad. Los místicos contemplativos, amigos del silencio, veían un peligro en este abuso de la palabra. Esa palabra fue usada en el siglo V por el monje sirio Pseudo-Dionisio Areopagita.

En el fondo, la falta de respeto a la palabra cuando se pisotea la ley, la falsificación de la palabra por el uso hipócrita del eufemismo, la pobreza del lenguaje usado y la fatigosa locuacidad necia, son el signo de que los activistas pragmáticos, los veneradores de los ídolos de la nueva moda -el mercado, la privatización, la rentabilidad-, son nominalistas que se ignoran, nominalistas de nueva usanza que repiten sin saberlo las ideas de Roscelino de Compiègne y de Guillermo de Occam, nominalistas del medioevo, de los siglos XII y XIV, respectivamente, y que sostenían que la palabra era meramente un “flatus vocis”, un viento o flato que emite la boca -el extremo inicial del aparato digestivo, diría yo. Y es que los modernos nominalistas dicen para sus adentros: “palabras, palabras, palabras”. Hamlet decía lo mismo: “words, words, words”, sí, pero no con cinismo, sino con desencanto, con tristeza. Y precisamente a partir de esta tristeza hamletiana, de esta melancolía, es que quiero hacer el elogio de la palabra.

Muchas veces he pensado y no pocas he tratado sobre el elogio de la palabra. Es elogio un *eu-logos* (*eu* = bueno, *logos* = palabra/razón), es el elogio de la palabra una buena palabra de la palabra, una

buena palabra razonada acerca de la palabra. Y para ello hay que principiar desde una visión primigenia de la palabra. Veamos, con asombro, el *hecho-palabra* dentro del gran universo. Y comprobamos en un examen ingenuo, virginal, esto: entre los ruidos del mundo hay uno, leve y único, la palabra. Es el ruido que produce el hombre. En realidad pareciera sólo una suave agitación de aire. Ocurre dentro de nichos humanos salpicados, aquí y allá, en medio de las vastas soledades de la tierra.

Hay que imaginárselo en toda su amplitud y en todos sus detalles. Entre todos los ruidos del mundo -el viento que sopla entre los árboles, el romper espumoso de las olas del mar contra los acantilados, el crujir de un mueble de madera en el silencio de la noche, el estruendo de los truenos que siguen al rayo, el canto de un ruiseñor en el secreto del bosque, la estridencia multitudinaria de los pájaros entre las selvas enmarañadas e interminables, el croar de la rana en la quietud del estanque, los terremotos, los torrentes, las cataratas, los derrumbes, tormentas, torbellinos, huracanes, lluvias fuertes monótonas implacables, ladridos, maullidos, mugidos, rugidos- y en medio del rumor repetido y diverso de la naturaleza, entre el bullicio incesante del mundo, aparece, leve y grávida, la palabra. Y en las raras cavernas de humanidad, excepcionales, que se abren en la naturaleza, grande y compacta, en esos nichos de población humana esparcidos en las vastas soledades del planeta es donde acontece la palabra. Es un hecho cotidiano; sin embargo, asombroso.

Y es asombroso porque la palabra, leve agitación de aire, murmullo casi imperceptible en el mar de ruidos naturales, carga la sustancia preciosa del pensar. Es el ruido que produce el hombre, es un ruido suave, preñado. La palabra es una tenue envoltura de aire que guarda el pensamiento humano. Es un hálito grávido de significación. Y entonces hemos tendido puentes de aire entre nosotros. En la palabra, en verdad, nos movemos, vivimos y somos. Nuestra vida de hombres se sostiene en la red del lenguaje, red suspendida sobre el abismo averbal del mundo. Con la palabra hemos constituido horizontes íntimos de comunicación. Por la palabra habitamos islotes humanos emergentes en el gran mar de las cosas. Y, entonces, gracias a la palabra nos decimos confianzas metafísicas, religiosas, políticas, jurídicas, técnicas, económicas, artísticas, confianzas de amor y de odio, de lucha y de paz, confianzas de codicia, de inquina, de envidia, de pena y, también, de alegría y de desengaño, de reiterada, terca esperanza. Son confianzas libradas al aire y que la naturaleza no entiende. Confianzas que

hablan de nuestras vidas, confidencias que cuentan nuestras historias, confidencias de nuestro saber de la naturaleza y que la naturaleza no sabe. Es en los sistemas verbales donde y cuando se tejen la actualidad, el pasado, el futuro, de la historia del animal humano. Bien dice Dante en el *Convivio*: "...las palabras, que son la semillas de la acción..." Sí, todos los grandes acontecimientos humanos de la historia han sido precedidos de palabras. Y los acontecimientos dignos de recordarse y ser salvados del naufragio del olvido son salvados por la palabra. Sí, las palabras son las semillas de la acción. Y toda semilla ha de ser fecunda para ser semilla lograda. Pero los despreciadores de la palabra han triturado la semilla, la han dejado deshacerse y podrirse.

El primate se humanizó gracias a la palabra. Y la palabra, en griego *logos*, hace del hombre lo que podríamos llamar el animal "logósfero", el animal portador de *logos*. Y cuidado, *logos*, es el nombre de Dios en el Verbo Eterno. Por la palabra, por el *logos*, el hombre se diferencia radicalmente de los animales y ello mismo es lo que más lo acerca a Dios, en semejanza. Hay el grave peligro que así como "in principio erat Verbum" ("Ἐν ἀρχῇ ἦν ὁ Λόγος" del Evangelio de Juan), la humanidad en su historia decaiga a la catástrofe de que en el fin sea el grito, o la crónica catástrofe de la oscuridad vocinglera de la violencia y de la agresión entre los hombres y los pueblos. Es decir, en el grito de la violencia está la práctica nefasta del anti-*logos*. Es que el hombre es el portador, el emisor y el receptor de las palabras. Es hombre, digo, porque es *animal logósfero*. Es una definición inquietante, que nos compromete. Porque en las palabras nos salvamos de ser animales de horizonte concreto y limitado en el espacio y en el tiempo.

Wilhelm von Humboldt decía que las palabras, que el lenguaje "es un vehículo que podemos usar para viajar desde lo más alto hasta lo más bajo atravesando la variada totalidad del mundo". Qué maravilla: mediante la palabra, frágil símbolo fononoético de la realidad, disponemos de un vehículo verdaderamente fantástico que todo lo visita, que nos extrae de las cuatro paredes de la realidad cotidiana y nos permite lograr una visión omniabarcativa y nos hace espectadores encantados del universo, nos hace sombras iluminadas del *Logos* eterno. Y no hay que olvidar esta profunda combinación que ocurre en quienes, como unas lindas monjitas que conocí, profesan ser misioneras de Jesús Verbo y Víctima, lo más sublime en el ser divino altísimo (el *Logos*, la Palabra, el Verbo) y lo más doloroso en el acontecer humano concreto (el hombre, la Víctima). Esto es terriblemente misterioso y emocionante:

el *Logos* eterno en quien está el tesoro de todo el saber del movimiento del universo y del devenir de la historia del hombre y el joven israelita ensangrentado, juntos Palabra y Víctima. En este punto son pertinentes las luminosas palabras del Maestro Honorio Delgado: “El valor religioso es central con respecto a los demás valores, que reciben de él unidad e intimidad última, dignidad y trascendencia”.

La palabra, tenue hálito de aire cargado de significación, nos eleva en dignidad sobre las piedras, sobre los vegetales, sobre todos los animales. Y en verdad todo comienza y se resuelve con las palabras: la guerra y la paz, la tristeza y la desesperación o la plenitud y la alegría. Y palabras son la ciencia, la filosofía, la teología, la política, la historia, el derecho, las leyes, los contratos, los decretos, las ordenanzas, los diarios íntimos, los evangelios, los escritos sagrados; palabras son las oraciones y también las palabras de amor. Y ante este fenómeno, este hecho conspicuo y cumbre de las palabras, vemos con tristeza y desesperación el escarnio que hacemos los hombres de la palabra con la falsificación, con la hipocresía, con el perjurio, con la trivialización, con la charlatanería. No sin sentir un hondo desgarramiento puede uno entonces repetir las palabras del poema de nuestro César Vallejo: “Y si después de tantas palabras, / no sobrevive la palabra... ¡Más valdría, en verdad, / que se lo coman todo y acabemos!” Sin embargo, hay que luchar por la palabra. Y queda siempre la esperanza. La salvación por la Palabra. Suele decirse que mientras hay vida hay esperanza. Yo propondría: donde hay esperanza hay vida.